

XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2019.

La polémica en torno a la construcción de la subjetividad.

Chiara Buraschi.

Cita:

Chiara Buraschi (2019). *La polémica en torno a la construcción de la subjetividad. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/50>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIII Jornadas de Sociología
Las cuestiones de la Sociología y la Sociología en cuestión
26/08 - 30/08 2019
Chiara Buraschi Bernasconi
Universidad de Buenos Aires
chburaschi@gmail.com
Estudiante de grado
Eje 1: Filosofía, Teoría, Epistemología, Metodología
Mesa 11: León Rozitchner y el problema del sujeto. Cristianismo, capitalismo y subjetividad

La voz femenina en la conformación de una nueva subjetividad

Resumen:

Entendiendo la conformación de la subjetividad como una lucha entre lo subjetivo y lo colectivo, diferentes corrientes de pensamiento y concepciones del sujeto y la praxis, con el advenimiento de la sociedad moderna, se focalizaron en reflexionar acerca de qué tipo de construcción subjetiva podría llevar adelante una transformación en el sistema.

La “tranquilidad sepulcral” del ser frente a su existencia, en términos de Kierkegaard, producida por las bases e instituciones del tipo de sociedad aludida, dan cuenta de la necesidad de una revisión de las teorías modernas en la búsqueda de un diálogo de las mismas con un dualismo fundamental: el del hombre y la mujer. ¿Qué conformación del sujeto proponen entonces los feminismos a la hora de pensar una nueva revolución?

Palabras clave: Tranquilidad sepulcral - Construcción del sujeto – Feminismos

PRÓLOGO:

“Viejo burócrata, has construido tu paz a fuerza de bloquear con cemento, como lo hacen las termitas, todas las salidas hacia la luz. Has rodado como una bola en tu seguridad burguesa (Saint-Exupéry, Tierra de hombres)

Este extracto de la obra “Tierra de hombres” de Saint Exupéry refleja la tesis de Kieerkegard respecto del adormecimiento del ser frente a su existencia, producido por las bases e instituciones de la sociedad moderna. En base a esta problemática las teorías modernas han cuestionado la realización del hombre y su carácter social o individual. Sin embargo, ante el centralismo moderno de las teorías binarias, se ha dejado de lado una línea de discusión que visibiliza un dualismo fundamental y primitivo: el que divide a la sociedad en hombres y mujeres.

Teniendo en cuenta las determinaciones históricas que condicionan la construcción del sujeto, surgen entonces diferentes concepciones que pretenden dilucidar qué subjetividad debe ser conformada a la hora de llevar a cabo una transformación en la realidad, y cómo debe ser tal revolución. En este sentido, nos proponemos aquí exponer las nuevas tensiones que se expresan con la introducción de las teorías feministas, que se sitúan en un polo muy distinto –el femenino–, denunciando la exclusión de determinados sujetos en la construcción de la subjetividad de las teorías modernas.

Revisión bibliográfica de por medio, analizaremos el pensamiento de León Rozitchner, Conrado Eggers Lan y Simone De Beauvoir, entre otros, evidenciando que la subjetividad implica una lucha entre lo que se construye y lo que se impone, en la cual se presentan resistencias y culmina con vencedores y vencidos.

Aquí nos proponemos dilucidar en qué lugar queda situado lo femenino en las teorías modernas, señalando la posibilidad de un nuevo diálogo entre teorías, mediante el surgimiento de un nuevo discurso que visibiliza los límites de las teorías anteriores, buscando comprender qué requiere la conformación de una nueva subjetividad con vistas a una revolución.

LA CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO MODERNO:

Para lograr comprender íntegramente la problemática en torno a la realización del ser es necesario tener en cuenta los aportes de determinados autores que abrieron las puertas a la cuestión del pensar de la vida, la existencia y la conciencia: Kierkegaard, Marx y Nietzsche.

Kierkegaard es uno de los primeros referentes que desarrollará el existencialismo europeo en un contexto donde la concepción hegeliana de la historia domina el pensamiento. El autor hace hincapié en la persona individual definiéndola como un ser en guerra, es decir, repleto de diversos y opuestos sentimientos en constante puja y condenado a luchar para ponerlos en orden. A partir de allí, se distancia de las ideas absolutas y abstractas que alejan al ser de la realidad.

El engañoso consuelo del ser es para el citado autor, consecuencia fundamental de la sociedad de masas y la prensa en tanto formas de distracción de la propia existencia. La sociedad de masas moderna, en oposición a los pueblos antiguos, se caracteriza por ser tomada como un todo, opuesto a lo concreto. En este sentido, el público como concepto abstracto es “el más peligroso de todos los poderes y el más desprovisto de sentido”. En consecuencia, el autor estipula que la nivelación o “tranquilidad sepulcral”, análoga a la igualdad representativa de la sociedad moderna, conduce a la inacción. En otras palabras, Kierkegaard establece que el sistema ha asegurado, mediante la identificación del pueblo con una unidad conceptual, la parálisis social frente a las injusticias que someten y oprimen lo concreto, vaciando de contenido lo abstracto. En tal contexto, Kierkegaard propone que el hombre huya de la “tranquilidad sepulcral” del silencio, a partir del reconocimiento singular de la conciencia individual.

Desde otro punto de vista, Marx desarrolla la contradicción esencial del sistema capitalista - entre el capital y el trabajo asalariado- cuyo fundamento oculta la base de apoyo del capital: el sometimiento de la corporeidad de los obreros. La determinación de la subjetividad, a partir de este sistema, se constituye de forma contradictoria. El hombre encuentra frente a sí formas de objetos que le son correspondientes: las mercancías. La forma social de los objetos es, en este sentido, congruente con la forma social de los sujetos. El hecho que el sujeto sea una construcción “mixta” y que toda relación con la sociedad esté determinada por esa misma contradicción da cuenta de la instalación de un imperio que determina una forma contradictoria que constituye y organiza la forma de ser sujetos.

Por su parte, Nietzsche define a la vida como el devenir de la voluntad de poder entendido como eje dinámico. La vida es definida en dos ejes fundamentales y necesarios: la conservación y el aumento. Es por ello que la voluntad de poder no se limita a conservar lo conquistado, sino que también requiere aumentar su poderío constantemente. La tesis del autor define a la verdad como una conquista de la voluntad de poder. Es decir, la verdad que proviene de la colisión de múltiples interpretaciones de un solo hecho, es hija del poder en tanto interpretación que triunfa por estar respaldada por el mayor poder.

Proponiendo una transmutación de los valores suprasensibles en tanto “nihilizadores” de la vida, si se me permite el término, Nietzsche indaga las fuentes de la moral que estructuran el pensamiento de la sociedad burguesa del siglo XIX, poniendo en cuestión su carácter natural. Revelándose frente a los valores burgueses y cristianos, Nietzsche caracteriza a los mismos como los valores de la compasión, la piedad, el ascetismo: valores blandos. El autor propone una transvaloración de los mismos, enalteciendo los valores de la aristocracia griega, caracterizados como valores duros, propios del mundo sensible y brutal de los guerreros.

Finalmente, partimos de la construcción del problema del Edipo freudiano para dar cuenta que el poder no nos contiene únicamente desde el exterior, sino que su fortaleza está instalada en nuestro dominio “interior”, organizando el propio “aparato psíquico”. En palabras de León Rozitchner, Freud logra precisar la determinación histórica de la subjetividad mediante la cual la historia articula y organiza ese “aparato psíquico” en el cual la sociedad se ha interiorizado de manera tal que el sujeto aparece integrado dentro de la reproducción del sistema que lo produjo, es decir, adecuado a las formas dominantes del Estado. Si el sujeto ha sido constituido por el sistema de producción histórico, el “aparato psíquico” reproduce y organiza su ámbito individual de forma de adecuarse al sistema para poder vivir y ser dentro de él. El problema del Edipo servirá de base a toda la estructura despótica en la cual el adulto reencontrará el imperio de la familia, la escuela, el Estado, la religión. Es decir, las instituciones encuentran su afirmación y ratificación en la subjetividad primaria del niño, asiento del poder, como si la esencia del hombre solicitara el ejercicio de la dominación. La misma limita a sentir, pensar y obrar siguiendo las líneas que la represión, la censura y la instancia crítica le han impuesto como única posibilidad de ser. Este dualismo presente en el “aparato psíquico” es lo que la enfermedad individual y los procesos revolucionarios colectivos buscan romper. Freud concluye que no hay una cura individual para el hombre, sino que la misma debe abarcar el campo histórico.

LA RELIGIOSIDAD COMO SOSTÉN DEL SISTEMA PATRIARCAL:

“El hombre está enfermo porque está mal construido.

*Atenme si quieren, pero tenemos que desnudar al hombre
para rasparle ese microbio que lo pica mortalmente, dios.”*

(Artaud, 2011)

El debate respecto de la conformación de una subjetividad revolucionaria, desde una concepción moral-religiosa, se sostiene en las afirmaciones realizadas por Conrado Eggers Lan respecto a la ausencia del odio y la destrucción en la lucha por la revolución. Sin discutir la base económica de la teoría marxista, el autor propone un cambio de supuestos desarrollando una cosmovisión del hombre como hombre mismo -de carne y hueso- que tiene en su espíritu los valores cristianos de amor. En este sentido, la revolución social comienza, para Eggers Lan, en la transformación de uno mismo.

En contraposición, León Rozitchner expone su teoría en base a una hipótesis fundamental: sin el cristianismo, como desvalorizador del cuerpo del hombre, de su carne sensible, el cómputo y el cálculo capitalistas no habrían podido actuar sobre las cualidades humanas. Es decir que el cristianismo, con su rechazo hacia el goce sensible, constituye la premisa del capitalismo sin el cual éste no hubiera existido, a partir de la constitución de una subjetividad enmarcada en el sometimiento. En este sentido, el cuerpo de la madre virgen implica, no sólo un sometimiento femenino, sino también la idea de que el capital religioso y patriarcal engendra por sí mismo al hijo crucificado. En conclusión, León afirma que tanto el cristianismo como el capitalismo son formas de una sociedad patriarcal, constituida sobre determinadas relaciones económico e históricas, donde no hay lugar para una transformación subjetiva que se extienda y, en base a la misma, transforme el mundo.

La discusión aquí presente intenta dar cuenta de la búsqueda de Rozitchner de aquél lugar individual en el cual el poder colectivo se genera. Es decir, en el análisis de la relación entre la cura individual y la revolución social, el autor concibe la constitución de las subjetividades individuales y colectivas teniendo en cuenta la teoría desarrollada por Marx y Freud. En este sentido, se focaliza en el capitalismo como sistema productor de mercancías y de sujetos, cuya base subjetiva está en el complejo de Edipo desarrollado por Freud. Es decir, el autor comprende el problema de la subjetividad a partir de lo teológico-político, en el cual la dominación subjetiva es el resultado de una producción material-sensible del sujeto, que prepara el desarrollo de la producción de mercancías. El sometimiento subjetivo se halla en la articulación entre el terror, que hace del sujeto absoluto-relativo un ser relativo-relativo o absoluto-absoluto; el cristianismo, como desprecio de lo sensible, concreto; y el racionalismo patriarcal, como premisa de la dominación racional de lo objetivo sobre lo afectivo.

Siguiendo esta línea de pensamiento, y a partir del desarrollo previo de las cosmovisiones de los autores modernos respecto de la subjetividad, podemos dar cuenta de una reducción del conflicto subjetivo a diversas dualidades que no tienen en cuenta el binarismo masculino-femenino

instaurado por la sociedad patriarcal. En este sentido, teniendo en cuenta el desarrollo teórico de Simone de Beauvoir, podemos establecer que la opresión de las mujeres no puede subsumirse a la explotación del proletariado o a la dualidad de valores presentes en el hombre de Nietzsche. Por el contrario, sus características específicas requieren de un tratamiento que se distancie de una concepción universalista de la humanidad, el cual se centre en la constitución de la mujer como lo Otro, verbigracia, como el objeto, poniendo en cuestión la verdad científicista desarrollada por la voluntad de poder patriarcal.

En este contexto, Luciana Peker define el entorno actual como el de una revolución que genera fricciones, desencuentros y des-temporalidades, en la búsqueda de un cambio a favor de una libertad no sólo para las mujeres, sino también para los hombres. En otras palabras, la autora expresa la idea de una revolución del deseo, que se opone al abuso, al acoso y a la violencia que fomenta un sistema patriarcal, no sólo dirigida hacia la mujer. Es en el sistema patriarcal donde la religión es condición sine qua non, constituyendo un puritanismo que inhibe a la mujer a expresar su deseo y necesidad. La castración cristiana convierte a los vientres femeninos en un sagrario immaculado limitando el lugar donde reside lo materno-femenino en el hombre, es decir, negando lo femenino y despreciando lo sexual y el goce al pasar de la castración freudiana a una castración del corazón. La revolución exige entonces relaciones no permeadas por la efectividad dando lugar a una mayor diversidad corporal y otra circulación del deseo. El deseo y la pasión son la sangre de la vida, su motor, frente a un neo patriarcado que busca restablecer los mandatos de pasividad social.

EL ESTRECHO LÍMITE ENTRE LA MORAL Y EL IMPERATIVO:

*“La multitud de formas de mala conciencia que
Freud y Nietzsche analizan con tanta destreza
nos muestra que las formas moralizantes de
la subjetividad aprovechan
y explotan los mismos impulsos
que procuran doblegar” (J.Butler, 2009)*

Rozitchner afirma que la metafísica requiere la inclusión de las mujeres en la elaboración de la verdad, y no su exclusión en la creación simbólica. Sin embargo, para ello se debe transformar la subjetividad femenina de modo que no sean prolongaciones de lo más despreciable de los hombres. El feminismo debe dar cuenta del discurso de la madre, que quedó excluido de la vida social frente a la palabra del padre. La madre que le habla al niño, también está dominada y se constituye, entonces, como fundamento del discurso dominante. Su rebeldía sólo puede expresarse al ser parte de un colectivo de mujeres que habilite ese lugar nuevo en la historia. Pero ese colectivo, como praxis colectiva, tiene que lograr transformar al sujeto para devolverle su potencia creadora, es decir, tiene que despertar al ser de su adormecimiento y demostrarle toda su potencialidad.

Alexandra Kohan parte del psicoanálisis para leer los discursos imperantes que, aunque se pretenden emancipatorios, terminan siendo disciplinadores, en la ilusión de una libertad sin dolor. La promesa de un estar en el mundo que hace a todos dueños de nosotros mismos, accesibles y asequibles, colma cualquier posibilidad de interrogar algo, asimilándose con discursos religiosos y moralistas, conminando hacer lo que dicen de un modo imperativo. En este sentido, la autora discute la afirmación de cualquier identidad como algo liberador ya que todo movimiento termina adoptando una moral y toda moral, su horca. El moralismo actual, según Kohan, lleva a vivir sin dolor, un poco muertos, en la pretensión de erigir una moral de un cuerpo universal que no descansa a la hora de prescribir las formas de disfrute.

Simone de Beauvoir explica las raíces de la discriminación de la mujer situándola en la existencia de la dualidad en lo genérico sexual que se expresa no en diferencias biológicas, sino en la constitución de la conciencia. El discurso del Uno se diferencia del discurso de la Otra, el primero define, es sujeto; el segundo es definido, es objeto. Toda conciencia al enfrentarse a otra presenta una hostilidad fundamental, toda conciencia tiene la misma pretensión. Lo que nos preocupa, entonces, es la dificultad de explicarnos por qué la conciencia femenina no opone reciprocidad a la masculina.

Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos afirmar que todo poder se rodea de representaciones que lo legitiman y aseguran su protección. Tomando a Marx, podemos establecer que en cada formación social las representaciones de la clase dominante forman la ideología dominante en el sentido en que ésta es transportada e impuesta por instituciones tales como el Estado, la Iglesia, la enseñanza, etc. La ideología tiene así una doble función: por un lado, expresa la situación y los intereses de una clase, pero, por otro lado, solamente puede hacerse mediante la deformación y el ocultamiento de las reales relaciones entre las clases.

En consecuencia, podemos establecer que, en una sociedad basada en el paternalismo como justificación ideológica de la dominación masculina, la ideología juega un papel fundamental como generadora de mujeres sumisas y dependientes. Tal como afirma Julieta Kirkwood (2017)¹: *“si estas especificidades de discriminación de la mujer son construidas social y culturalmente, entonces, pueden y deben ser modificadas cultural y socialmente (no deja de ser un alivio: no abandonar nuestro sexo, sino de-construir nuestro género)”*.

La evidencia de que la norma del género es una construcción social que legitima el binarismo y la asociación varón-masculino y mujer-femenino, yace en que la misma no es universal, sino que varía de cultura a cultura conformando una de las bases fundamentales del sexismo. El sexo entonces configura la base material del género ya que es el efecto de una concepción que se da dentro de un sistema social ya marcado por la normativa del género. En otras palabras, el género es una interpretación múltiple del sexo construida culturalmente, ergo, performativa, que obliga a los sujetos a actuar de una determinada manera acorde a una (hetero) normativa que promueve y legitima, o que sanciona y excluye. En consecuencia, la producción del sexo como lo pre-discursivo forma parte de un aparato de construcción cultural nombrado por el género, donde mucho antes de que las diferencias físicas den cuenta de las biológicas entre los sexos, hay interacciones y tratamientos específicos que moldean y refuerzan las identidades de género en niños y niñas. Estas expectativas sobre comportamientos, relaciones y discursos propios de cada sexo condicionan y limitan las potencialidades de las personas mediante la estimulación de determinados aspectos y la represión de otros.

El discurso paternalista, que justifica la dominación masculina, sólo puede entenderse en el contexto de un sistema social normativo y organizador que centra la atención en las relaciones de poder generando un poder estructural basado en argumentos biologicistas respecto de las diferencias entre los sexos y, en consecuencia, explicando la subordinación femenina en términos de “lo natural” e “inevitable”, verbigracia, en una sociedad patriarcal. Siguiendo esta línea de acción, las diferencias en los papeles sociales asignados a cada sexo se perpetúan a través del sexismo, plasmado en ideologías de género que afectan la socialización de hombres y mujeres, llevándolos a desarrollar rasgos y valores disímiles.

En conclusión, en un contexto en el cual se impone lo pulsional, el goce femenino debe reconstruirse. Pero, no por ello la revolución pasa sólo por la liberación del goce femenino, sino más bien por cómo se conforma una nueva subjetividad. En este cambio de época, que ya comenzó,

¹ Kirkwood, Julieta: *“Feminarios”* 1a ed. - CABA: CLACSO, 2017

deberíamos focalizarnos en cómo encauzar la rebeldía frente a un proceso de dominación de siglos, rebeldía que tiene que ser tan profunda como para lograr que el hombre pueda recuperar lo que tiene de femenino y la mujer pueda recuperar lo que tiene de masculino. Tal como plantea Judith Butler, la deconstrucción de la identidad no es la deconstrucción de la política, sino la instauración de los términos mismos con los que se estructura la identidad. La paradoja interna del feminismo fundacionalista es que determina y obliga a los mismos sujetos que espera representar y liberar. Las identidades deben dejar de establecerse como premisas de un silogismo político en el cual únicamente actúan supuestos intereses que incumben a un conjunto de sujetos preconcebidos, para dar paso a una nueva configuración política a partir de las ruinas de la anterior. A partir de allí, los discursos que terminan la vida cultural, podrían incorporar la multiplicación de las configuraciones del sexo y género, derrocando el propio binarismo del sexo y revelando su anti-naturalidad fundamental.

CONCLUSIONES:

Berger y Luckmann afirman que la sociedad interviene directamente en el funcionamiento del organismo, sobre todo con respecto a la sexualidad y a la nutrición, transformando los impulsos biológicos en plásticos, es decir, limitando y afectando tanto las actividades como el funcionamiento del organismo. Al respecto, Foucault señala que el cuerpo se constituye en un objeto de intereses propios del poder que le imponen coacciones, interdicciones u obligaciones, en favor de una relación de docilidad-utilidad. Todo ello instaure una política de coerciones que manipulan los elementos, gestos y comportamientos del cuerpo, desarticulándolo y recomponiéndolo. La disciplina transforma el cuerpo humano en cuerpos sometidos, verbigracia, “cuerpos dóciles”.

En este contexto, las múltiples creencias generalizadas sobre la mujer y, con ello, sobre lo femenino están basadas, en parte, en la diferencia biológica que establece el sexo. Marta Lamas afirma que para analizar la dicotomía entre sexo y género es preciso aceptar el origen biológico de estas diferencias entre hombres y mujeres, pero no se debe dejar de lado que las mismas no son suficientes para provocar un comportamiento. El género es entonces una interpretación múltiple del sexo construida culturalmente que obliga a los sujetos a actuar de una determinada manera acorde a una (hetero) normativa que promueve y legitima, o que sanciona y excluye.

Hay que tener en cuenta que los procesos psicológicos determinan la forma en que funciona la sociedad y la forma en la que tiene lugar la interacción social, al mismo tiempo que los procesos

sociales determinan las características de la psicología humana. En consecuencia, la mente no es un producto y proceso puramente individual, sino que está socialmente estructurada. Por lo tanto, el cambio exige una transformación en la praxis, fundamentalmente en los hábitos de aprendizaje que se vinculan íntimamente con la identidad. Tal como vimos anteriormente, Freud afirma que las instituciones se afirman en la subjetividad comenzante del niño. De esta manera el poder exterior reprime el propio poder que se ve limitado a sentir, pensar y obrar siguiendo las líneas que la represión, la censura y la instancia crítica le han impuesto como única posibilidad de ser.

En este contexto, la radicalización del discurso reaccionario frente a la mujer independiente que se ha incorporado al mercado de trabajo, el que remunera ya no tanto la fuerza masculina sino más bien el intelecto, dan cuenta de una transformación social que ya no tiene retorno. El declive de la sociedad patriarcal transforma la función paterna como principio estructurador de la ley y el goce del sujeto en la dinámica familiar dando cuenta del ocaso del Dios, en tanto masculino, proveerá. Este proceso se ve acompañado por un mercado del goce, propio de la lógica capitalista, donde lo simbólico pierde su influencia y el impulso pasa a regir el acto. Este devenir lleva, tal como establecen Cincunegui y Chebar a un sujeto, producto de la crisis de la modernidad, descreído, sin ideales totalizantes, fragmentado, que privilegia lo inmediato por sobre el proyecto de largo plazo, desplazado por la imagen.

Teniendo en cuenta que la subjetividad está determinada por el Otro cultural, en este contexto de cambio de época surgen nuevos interrogantes respecto de cuáles serán las nuevas disposiciones que deben enfrentarse a esta subjetividad, si se me permite el término, posmoderna. El mercado y sistema capitalista le brindan al sujeto la ilusión de que todo es posible, de que la perfección y satisfacción están al alcance de la mano, rechazando la castración y la falta. Este círculo vicioso de miles de objetos sustituibles y desechables no llenan el vacío presente y demandante del sujeto, cuyas bases identificatorias resultan difusas y lo dejan a la deriva sin un reaseguro simbólico que sostenga su existencia, similar al engañoso consuelo del ser que postula Kierkegaard como consecuencia de la sociedad de masas y la prensa. Este debilitamiento de los ideales, o exceso de los mismos con igual consecuencia, deja al sujeto dominado por un goce tiránico, incapaz de crear una nueva resistencia frente a la sociedad de consumo.

La revolución no depende sólo de la liberación del goce femenino, sino más bien de la conformación de una nueva subjetividad. Es nuestro trabajo buscar de qué manera, sin retroceder en las formas, podemos hacerle frente a este adormecimiento del ser y conformar, mediante la recuperación de lo femenino en el hombre y de lo masculino en la mujer, una nueva subjetividad que lleve a un sistema de construcción, en contraposición a un sistema capitalista de destrucción del

mundo, a partir de la transformación del poder externo que impera, internamente, en la subjetividad del individuo. A partir de esta cuestión, en este trabajo pretendemos dar lugar a un nuevo diálogo entre teorías, que incorpore el surgimiento de un nuevo discurso: el femenino. Tomando a Rancière damos cuenta de que el orden naturalizado de la dominación en el siglo XXI es interrumpido por la institución de una parte que no tiene parte, que da cuenta de un dualismo fundamental dejado de lado, creando un escenario donde se pone en juego la igualdad o desigualdad de los interlocutores del conflicto como seres parlantes, poniendo en marcha verificadores específicos de la igualdad de cualquiera con cualquiera.

Finalmente, podemos establecer que surgen entonces diferentes corrientes que buscan responder de qué manera la revolución se relaciona con la realización del ser y cómo debe ser tal revolución, dando lugar a la posibilidad de un nuevo diálogo entre teorías que es necesario de desarrollar en la búsqueda de una respuesta a cuáles son las limitaciones de la conformación de una nueva subjetividad.

BIBLIOGRAFÍA:

Reportaje a León Rozitchner. Texto: M. Sauval (Revista Acheronta de Psicoanálisis y Cultura, N° 15, 07-2002)

Exposto, Emiliano: “Marxismo, psicoanálisis y servidumbre voluntaria en León Rozitchner” I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. (2015)

Soengas, Stella Elvira y Zamorano, Silvia: “El cuerpo en la posmodernidad” I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires (2009)

Caglieris Chada, Agostina y Gareca, Nahuel Facundo: “Padecer y goce en la sociedad posmoderna” V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires (2013)

Rozitchner, L.: “Combatir para comprender. Las cuatro grandes polémicas: cristianismo, peronismo, malvinas y violencia política” (Ed. Octubre, 2018)

Cincunegui, S. y de Chebar, N. M.: “El encuadre en la pareja matrimonial” en La pareja, encuentros, desencuentros, reencuentros, Buenos Aires (Ed. Paidós, 1996)

Rozitchner, L.: “La cosa y la cruz” (Ed. Lozada, 2001)

Butler, Judith: “El género en disputa” (Ed. Paidós, 2007)

Peker, L.: “Putita golosa” (Galerna, 2018)

Lamas, M.: “La perspectiva de género”. Acta Psiquiátrica y psicológica de América Latina, Volumen 57, Número 1. Marzo 2011, Buenos Aires

Berger, Peter L. y Luckmann, Thomas. “La sociedad como realidad subjetiva”

Quiroga, Ana P.: “Matrices del aprendizaje: constitución del sujeto en el proceso de conocimiento”

Husserl, Edmund: “La trascendencia del ego” (1938)

Kohan, Alexandra: “Psicoanálisis: Por una erótica contra natura” (Ed. Indie Libros, 2019)

De Beauvoir, Simone: “El segundo sexo” (Ed. Debolsillo, 2007)

Kirkwood, Julieta: “Feminarios” (1a ed. - CABA: CLACSO, 2017)

Rancière, Jacques. (2011). En los bordes de lo político. Buenos Aires: La Cebra.

(Primera edición en francés, 1990.)